

## EL EROTISMO DE FELIPE TRIGO

El inicio de la década de los setenta conoce la lenta, pero hasta hoy constante, rehabilitación de Felipe Trigo. El año 1971, dos autores reivindicaron la calidad literaria del escritor villanovense: Geral B. Brown (1) y Federico Carlos Sainz de Roble (2). La voz de este último sería recogida casi de inmediato por Antonio Iglesias Laguna (3). En nuestra tierra, ha sido D. Medardo Muñoz, desde su enjundioso quehacer periodístico, quien más ha labrado en favor del ilustre médico humanista (4). Como un baremo tal vez no desdeñable del alza que la obra de Trigo viene experimentando, podría aducirse que incluso los textos de Literatura para BUP y COU le dedican frecuentemente algunos párrafos (5). Importantes en esta recuperación son los estudios que Fernando García Lara ha escrito sobre nuestro paisano, aunque, a nuestro parecer, analiza sus obras de un modo demasiado difuso (6). Si duda, constituyeron dos jalones memorables la reedición que Ediciones Turner hizo de *«Jarrapellejos»* y *«El Médico Rural»*, con prólogos, discutibles pero profundos, de Rafael Conte y José Bergamín, respectivamente (7). Otros escritos como el recién publicado de José Raya Téllez (8) o el mucho más antiguo y uninateral de Juan Antonio Muñoz Gallardo (9) aportaron también su granito de arena. La labor de Santiago Castelo en tribunas y prensas, tampoco debe olvidarse, así como la de Enrique Segura Otaño.

Pese a todo, hemos de reconocer que continúa siendo fundamentales, más aún, imprescindibles, para adentrarnos en la extensa producción de Trigo los viejos estudios de Manuel Abril (10), González Blanco (11) y Peseux-Richard (12).

Felipe Trigo, como se sabe, fue un escritor enorme popular. Sus obras (artículos de prensa, composiciones teatrales, cuentos y,

sobre todo, *novelas*) tuvieron una acogida excepcional. Muchas se reeditaron numerosísimas veces en pocos años, hasta el punto de que el escritor obtuvo con ellas una cuantiosa fortuna.

¿Cómo explicar, pues, el feroz silencio que tras la Guerra Civil cayó sobre esta obra literaria?

Los hombre de mi generación sabemos mucho de ocultamientos vergonzantes, a todos los niveles. Hasta hace sólo varios lustros, ¿cuántos conocían directamente a la mayor parte de los que constituyen la llamada «Generación del 27»? Todavía hoy, algunos de ellos siguen siendo casi un enigma. Ahí está el reciente trabajo del profesor extremeño Andrés Sánchez Pascual sobre *Pedro Garfias* para corroborarlo (13). O, por no salirnos excesivamente del terruño, ni multiplicar los ejemplos, ¿quién podía leer la Trilogía de *Arturo Barea*, el excelente novelista con raíces extremeñas, muerto en el exilio? Los trabajos por recuperar tantos silencios, realizados por Elías Díaz, José Luis Abellán, Vicens Lloréns y otros, están plenamente justificados.

¿Qué ocurría con Felipe Trigo? Contra él pesaban tres acusaciones fundamentales, aunque es cierto que no igualmente establecidas y, menos aún, demostradas:

De nuestro paisano se dijo «que no sabía escribir». Las críticas de Miguel de Unamuno, Julio Cejador y Ramón Pérez de Ayala —aunque no con la misma intensidad— fueron determinantes en este sentido. Aún hoy se continúan repitiendo ataques contra «su prosa congestionada y torpísima» (14). Tampoco Reyes Huertas, en un texto que más adelante reproducimos, ahorró sus dardos en esta línea. No voy yo a detenerme ahora para romper alguna lanza contra semejante entuerto. Recordaré sólo que las gramáticas normativas, la rigurosidad sintáctica, las normativas académicas... no son excesivamente valoradas por muchos de los mejores escritores de nuestros días. Tampoco Trigo las estimaba, pues veía en ellas una traba insufrible contra el discurso vital del diálogo novelístico. Así lo manifestó explícitamente en las conferencias por él impartidas en el Ateneo madrileño, que constituyen el núcleo de donde después saldría su «*Amor en la vida y en los libros*».

Aunque es cierto que algunos de sus trabajos adolecen de los defectos típicos en las obras redactadas con mucha prisa, otros

mantienen una calidad literaria innegable. No creemos, pues, que la ocultación de Trigo se debiera a la falta de valores novelísticos.

Se le acusó también de que era hombre de izquierdas. Si esta proposición tiene algún significado inteligible, y no forma parte de aquellas que Hume recomendaba enviar al fuego, la cosa me parece absolutamente cierta. En todos los trabajos del extremeño hay tesis, actitudes y comportamientos, intuiciones y deseos que, si no exclusivos, son ciertamente hegemónicos en los hombres de izquierda. Tampoco aquí voy a detenerme. No obstante, séame permitido recordar sus teorías a favor del socialismo, expuestas de forma rotunda ya en *«Socialismo individualista»* y asumidas de nuevo en *«El amor en la vida y en los libros»*, los dos trabajos netamente filosóficos (así los consideró él siempre) del ilustre novelista:

«Todas las corrientes de transformación — escribe — marcadas en la vida *por la Vida* se orientan con singular tenacidad hacia el socialismo. En todas por igual late la impulsión socialista, con la inconsciente fatalidad de los hervores subterráneos, en la corrupción y disgregación de la caduca moral y de las viejas costumbres, es decir, en las fuerzas negativas o destructoras, que en las positivas y nuevas afirmaciones de la Mecánica, de la Economía y de la Biología» (15).

Nuestro autor, que se engloba en la vieja y zaherida corriente del «socialismo utópico», se adelanta, también aquí, muchos decenios al famoso slogan de «socialismo en libertad», cuando afirma:

«Desentendido de escuelas, no puedo concebir otro socialismo que aquel capaz de conciliar todos los intereses de la comunidad con toda la «libertad natural» del individuo: es decir, una síntesis realizada por la Antropología con la tesis de la Economía y la antítesis del Derecho. Sólo así en el orden del progreso, el socialismo vendrá, por aumento de una unidad, después del capitalismo, como por aumento de una unidad viene el 4 después del 3 en el orden de los números» (16).

Que nosotros sepamos, Trigo nunca llegó a militar de forma organizada en ningún partido. Por otra parte, como buen vitalista (recordemos la famosa expresión unamuniana sobre «la cochina lógica»), puede sorprendernos fácilmente en la exposición de sus

ideas políticas. Tal ocurre con su estupendo prólogo en «*Jarrapellejos*»:

Yo, monárquico como usted —se dirige a don Melquíades Álvarez—, porque creo que la autoridad y el orden de una monarquía democrática, con sus prestigios tradicionales, pueden ser el mejor puente de lo actual al porvenir... yo, que sin embargo voto a Pablo Iglesias; yo, individualista, socialista monárquico..., un poco de todo..., tan dolorosamente aficionado a los toros como a Wagner...» (17).

A nadie se le oculta que el régimen anterior no podía tener el menor deseo de que se difundieran las obras de semejante pensador. Por mucho que el tremendismo del famoso médico provenga de sus afanes por épater le bourgeois, era un novelista claramente «peligroso». Más aún si tenemos en cuenta que nadie como él ha puesto en solfa con tanta dureza al sempiterno cacique de nuestras zonas rurales. Nos remitimos sobre este punto el artículo de José Raya Téllez que antes hemos citado.

Por último, la tercera y probablemente más difundida acusación contra Felipe Trigo fue la de «escritor pornográfico». Desde quienes lo consideran el iniciador de un género tan digno como cualquiera otro, la *novela erótica*, hasta los que no veían en nuestro paisano más que un maníaco sexual capaz de corromper a la juventud con su pluma mojada en mente afrodisíaca, los testimonios al respecto son incontables. Sin duda, también aquí reside uno de los factores básicos a la hora de entender la losa de silencio arrojada sobre el villanovense. Es un fenómeno bien estudiado por los sociólogos que nuestro nacional-catolicismo lanzaba un *vadre retro* furibundo contra los autores proclives a los temas del sexo. Entre las muchas asignaturas pendientes de los españoles, ninguna como el arte de Eros.

Si hemos de ser justos, reconozcamos que la enemiga contra nuestro hombre era bien antigua. Pues que ya estoy en el tema de mi artículo, citaré el extenso análisis que Antonio Reyes Huertas, el novelista extremeño antitético de Trigo por mil razones, escribía en 1910 sobre este último:

«Se ha dicho que Felipe Trigo es el novelista extremeño. Yo creo que no. Es más, creo que no es ni aún novelista, simplemente un narrador de escenas. Y digo esto, porque la novela, sea del género que sea, es siempre una acción desarrollada con un fin.

En Felipe Trigo, esa acción y ese fin yo no los encuentro. Las tesis de Felipe Trigo no son tesis, son hechos aislados que nada prueban. Escenas de verde subido que si algo demuestran es el error del mismo autor, haciendo resaltar su aberración artística paralela a la aberración moral de sus tipos; poco conocimiento demuestra a pesar de todo Felipe Trigo del corazón humano y de sus procesos sentimentales. Porque las novelas de Felipe Trigo servirán para entretener a los viejos verdes y a los pollos babosos, pero no podrán convencer nunca de que el honor y la virtud y el egoísmo no existen por sí solos, por encima de los convencimientos sociales.

Siquiera en Zola, el padre espiritual de Trigo, se ve algo que demuestra algo y lleva al convencimiento, al menos, de la repugnancia a lo que es repugnancia. Hay algo de natural, y al decir natural no me refiero al sentido naturalista o materialista de su escuela, sino al arte de lo real; pero en Felipe Trigo hay mucho de forzado, algo que quiere destruir un convencionalismo como otro convencionalismo más grande. Hasta el léxico es oscurísimo y trabajoso en Felipe Trigo; no tiene la transparencia seria de lo que está bien hecho; tiene los jeroglíficos de lo que está muerto. Yo creo que el arte de Felipe Trigo durará poco, y que no tardará en dar las boqueadas, como ya las está dando en Francia la escuela materialista de Zola.

Pues bien, este Felipe Trigo, a quien juzgo sólo como novelador, porque como moralista no puede ser más detestable, ha iniciado en su arte crudo a algunos escritores jóvenes de Extremadura que valen más que él. Y en prueba de ello ahí está la última novela de Sánchez Ocaña y los ensayos que han hecho Emigdio Plasencia y algunos otros en Cáceres. Todos ellos han seguido la tendencia sensual, romántica y lírica que se nota en todas las producciones del modernismo. Tendencia que al fin y al cabo se resuelve en el pesimismo y que es síntoma de la enfermedad de los cerebros endémicos: el erotismo» (18).

Celotipias aparte, el largo texto citado me parece un nítido exponente del juicio que a los católicos conservadores les merecía la obra de Trigo desde el primer momento. Cuando detenten el poder, a raíz de 1939, acallarán una voz tan desagradable para sus castos oídos. (Será precisamente entonces la época en que

Reyes Huertas, promocionado por la editorial barcelonesa *Hymnsa*, tendrá todas las facilidades para llevar sus novelas a la linotipia e, incluso, al celuloide). ¡Males sempiternos de la literatura! ¡El discípulo de un krausita en el Instituto de Badajoz –don Tomás Romero de Castilla– y el piadoso alumno del Seminario pacense no iban a ser tratados de idéntica forma!

Digamos también que desde los sectores progresistas surgieron voces, si no tan displicentes, no menos duras. Por no salir del terruño extremeño, voy a recordar lo que Roso de Luna escribió a propósito de *«Alma en los labios»*:

«...Me repugna ese mezclar lo sagrado con lo profano, lo puro con lo impuro, lo sublime con lo mísero... Tras la lectura de obras semejantes y tanto peor si ellas son sobresalientes como las de Trigo, queda uno entontecido, histerizado, perturbadísimo en su placidez habitual del «honeste vivere», se siente más afín con el horrible mundo de las hondas aberraciones, esas que se sufren también tras el alcohol, el juego, la orgía...

Cierto que en el autor se adivina una evolución psicológica que le trae hacia un franco espiritualismo, pero, créame, mi querido Felipe, entrar en éste por la vía sensualista o erótica, equivale a entrar por los corrales en el salón; aunque la frente vaya pura, es imposible el evitar en los pies algo de inmundicia. Cuanto describe es real, por desgracia, y está magistralmente sentido, pero el Arte, hijo unigénito del Ideal, no debe exhornar con sus galas de novia las grandes prostituciones psicoficas que la sumerjan en el lago... la crónica-negra, la del crimen del puñal o de la mirada, no debiera hallar puesto ni en la prensa, ni en el teatro, ni en la novela, porque es ley natural de contagio psicológico la de que la miseria comentada perpetúa la miseria» (19).

Roso de Luna, otro de los grandes extremeños olvidados, no era precisamente un hombre de mentalidad conservadora.

Todavía podemos insistir. Aunque redactadas mucho después, reproduciré las frases con que Pablo Neruda nos evoca las sensaciones que en su espíritu juvenil provocaron las obras de Trigo:

«En cuanto a mí –escribe el famoso poeta chileno, recordando su infancia– recibí el impacto de libros desacreditados ahora, como los de Felipe Trigo, carnales y enlutados con esa lujuria sombría que siembre pareció habitar el pasado de España, poblándolo de hechicerías y blasfemias» (20).

Confieso que me sentí desconcertado al leer estas frases de un hombre tan sanguíneo, temperamental, entusiasta del cuerpo femenino, catador incansable de la belleza sensible, como el ilustre Premio Nobel. ¿Acaso las leyes selectivas de la memoria estaban parcializando inconscientemente sus sensaciones pretéritas ante las novelas de Trigo? ¿Será posible que las distintas circunstancias –personales, históricas, culturales, sociológicas, etc.– impongan una lectura tan diversificada de los mismos textos? Porque se puede discutir hasta qué grado de erotismo llega nuestro autor en sus descripciones; se puede afirmar –a mi no me lo parece– que cae en una franca pornografía; cabe considerarlo un corrompido, etc., etc. Pero, ¿cómo tenerle por un escritor triste, sombrío y enlutado? Es forzoso limitarse exclusivamente a una parte de su producción –lo que supone una violencia intelectual inadmisible– para mantener semejante tesis.

En contraposición con Neruda, yo recordaba el soneto que Manuel Monterrey había dedicado a Felipe Trigo. Si el lector tiene a bien seguirme, recordaremos ahora que Monterrey, un humilde relojero badajocense, hombre honestísimo, paradigma de moderación, percibía de esta manera al de Villanueva:

#### «FELIPE TRIGO

Fue caprichoso y delicado orfebre  
de una erótica prosa colorista,  
hondo y sutil psicólogo alquimista (sin)  
en los delirios de la roja fiebre.

En el filón de su delicadeza  
él, la veta mejor buscó con tino,  
e hizo del blanco mármol femenino,  
la más noble expresión de la belleza.

Con su galante y atildada pluma,  
bordó en cuartillas nítidas la espuma  
de los rojos ensueños pasionales.

Y su lenguaje cálido, emotivo,  
fue como un sello, sobre el lacre vivo,  
de una boca imprimiendo madrigales».

(21).

Ya Manuel Abril, en la obra que antes citamos, dedicó muchas páginas al tratamiento que de las cuestiones sexuales presenta Felipe Trigo. ¿Cuáles son nuestras opiniones al respecto?,

Sin desconocer algunas fáciles concesiones a la galería y cierta superficialidad en sus novelas menos elaboradas, considero que Felipe Trigo maneja la temática sexual de una forma muy respetable. Mucho más dignamente, desde luego, que como hoy lo hacen multitud de «novelas», revistas, fotogramas, celuloideos, barajas y otros engendros absolutamente deleznable. Asustarse en nuestra época por la carga erótica de Trigo puede parecer hasta perversamente ingenuo.

El tema amoroso, básico en todas las producciones de nuestro paisano, queda siempre revestido de una nota fundamental, por voluntad manifiesta del autor: su carácter militante, regeneracionista.

Aunque de forma indirecta repercutiese en la masiva adhesión que los lectores coetáneos mostraban por la composiciones de Trigo, su visión del sexo no es nunca frívola, gratuita o injustificada. El autor sabe lo que quiere, cuando escribe, y pone todos los recursos —temáticos y formales— en función de sus objetivos.

Creo que son dos las motivaciones, no del todo ajenas entre sí, que mueven su pluma:

De Nietzsche, el famoso «*maître-penseur*» padre del vitalismo contemporáneo Trigo (que en ocasiones confiesa no entender bien al autor alemán) recoge su odio contra la «moralina burguesa». Espíritus llenos de corrupción, incapaces de acciones realmente grandiosas, los hombres dominantes en Occidente (banqueros, latifundistas, clérigos e industriales, sobre todo) se consumen en vicios e inoperancia. Siendo ellos los personajes más frecuentes de las obras de Trigo, no es raro que sus descripciones revistan un marcado carácter irónico y hasta despectivo. Si se describen con detalles sus usos y costumbres en torno a la vida sexual (generalmente cargados de violencia contra los más débiles) no es sino para reforzar el rechazo contra ellos que Trigo espera generar en sus lectores. Es la ética que adopta Gerardo, en «*Trata de blancas*», definiéndola así:

«Convertise a sabiendas en elemento corruptor, ayudando a pudrirse lo podrido» (22).



Con Freud (al que también cita, aunque muy ocasionalmente) Trigo posee muchos elementos comunes. La obra del padre del Psicoanálisis, médico también, es sabido que considera la sexualidad como la raíz primaria del comportamiento humano. Trigo, cuya producción coincide en el tiempo (hasta su suicidio) con la de Freud, estima igualmente que la raíz de los desequilibrios psicológicos en los adultos (tan bien conocidos por nuestro novelista, como médico y como paciente) provienen de experiencias negativas, generalmente infantiles, en torno a la sexualidad. Recordemos la cantidad tan numerosa de neuróticos que aparecen en sus novelas. Nada más traumatizante en este aspecto que una mala iniciación sexual, como Trigo nos confiesa que fue la suya y la de tantos españoles. Es tema favorito de nuestro autor, llegando a ser fundamental en algunas obras, por ejemplo *«En la carrera»*, *«En camisa rosa»*, *«Reveladoras»*, etc. La única solución, piensa Trigo con Freud, reside en destruir las caretas que ocultan la auténtica faz; dar rienda libre a nuestros instintos e impedir que el super ello continúe reprimiéndonos. De ahí que sus personajes favoritos opten por enfrentarse abruptamente a las normas sociales vigentes. Se necesita una catarsis radical, que deje surgir todo lo que anteriormente ha sido objeto de inhibición. Como una constante, Trigo insiste en que este fenómeno es especialmente grave en la mujer española. Ya lo trataremos después. Está convencido, y así lo manifiesta en *«El amor en la vida y en los libros»*, de que la castidad forzosa vuelve histéricas a muchas de nuestras mujeres. Trigo se considera en la obligación de combatir con su pluma semejante barbaridad.

Por otra parte, considera la sexualidad como un valor muy positivo, una fuente de gozo, el camino para la realización humana y la armonía social. Basta únicamente con que se la viva de una forma determinada (muy distinta, ¡ay!, de lo que por ahora es habitual), a tenor con ciertos principios que todavía hoy, desgraciadamente, estamos muy lejos de haber alcanzado. Llegará un momento —el autor estima que su obra ayudará a hacerlo más próximo— en que, lejos de ser un manantial de tensiones, violencias, frustraciones, neurastenias y conflictos morales, la sexualidad va a contribuir de forma definitiva en la gozosa realización de todos los seres humanos, (sin excluir a las antiguas «reinas del hogar»).

De la lectura que nosotros hemos realizado, deducimos que en las obras del villanovense se propugnan, teórica y prácticamente, los siguientes principios:

a) *Libertad versus opresión.*

La clave, viene a decir Trigo en la novela del mismo nombre, consiste en vivir de acuerdo con los dictados del Amor. En las relaciones hombre-mujer (Trigo no concibe otras experiencias amorosas que las heterosexuales, salvo las lesbianas de «*La sed de amar*») no caben más que la simpatía, la atracción mutua, la entrega voluntaria. Y éstas, absolutamente hegemónicas. Sobre dicha base, la pareja humana puede conseguir los mayores goces imaginables. Basta leer «*Las Evas del Paraíso*» como ejemplificación de lo que afirmamos.

Por contra, cuando es la violencia quien preside los encuentros, no solamente se destruye toda posibilidad de placer, sino que fácilmente se origina la tragedia. Como es natural, son los poderosos (el hombre, el cacique rural, el señorito frívolo y decadente, el industrial recién ascendido hasta las altas esferas sociales) los que la ejercitan contra los débiles (aldeanas pobres, criadas indefensas, prostitutas ajadas...). De todo esto hay innumerables ejemplos en las composiciones de Trigo. Sobre ellas debe fundamentarse esa visión sombría de la sexualidad que un Neruda comentaba. Desde luego, Trigo no es tan maniqueísta como para pretender que unos y otros grupos detentan toda la maldad y la inocencia, respectivamente. Hay mucho de una y otra cosa en ambos estamentos. Sin embargo, creemos que en líneas generales es válido lo dicho.

Es en «*Jarrapellejos*», inspirada en el crimen famoso de don Benito, donde las aberraciones sexuales llegan a la cumbre. La inocente Isabel, junto con su madre, es victimada por la furia estúpida de varios caciques rijosos. (Para colmo, los asesinos no solamente no son castigados, sino que, gracias a los buenos oficios del cacique, llegan a obtener cargos públicos importantes).

b) *Educación versus ignorancia.*

En multitud de novelas, la mayoría con claras connotaciones

autobiográficas, Trigo ataca duramente la educación que, muy en especial sobre cuestiones sexuales, *padece* la juventud española. Ni que decir que son las féminas quienes soportan mayor cantidad de engaños, filosofemas y mistificaciones al respecto. De esta forma, piensa Trigo, resulta imposible una vivencia plenificante de las relaciones amorosas. Véanse sobre el particular sus novelas «*Las ingenuas*», «*En la carrera*», «*En camisa rosa*» o en «*La eterna víctima*».

Profundizando más en la cuestión, Trigo denuncia defectos crónicos en el sistema educativo español: los religiosos —muy especialmente los hombres— no están preparados para impartir este tipo de enseñanzas correctamente. Muy en concreto, Trigo ataca «la seca educación de los jesuitas», que conduce a que sus discípulos desconozcan absolutamente el mundo femenino y no sepan tratar a las mujeres. Esto genera de forma inevitable el fracaso amoroso (23).

Mientras los responsables de las primeras y definitivas relaciones sexuales sean la criada indecente de «*Reveladoras*»; la añosa prostituta de «*En la carrera*»; el cura corrompido de «*Sor Demonio*» o el cacique zafio y brutal de «*Jarrapellejos*», puede esperarse todo lo peor.

Tal vez nada le repugne tanto a Trigo como la hipocresía feroz que en el terreno de la sexualidad manifiestan las clases conservadoras. Algunas ideas típicamente tradicionales ponen furioso a nuestro autor. Así, embiste contra los que defienden que las relaciones sexuales agotan la capacidad creativa humana.

Estas ideas no se quedan en meras teorías, sino que el autor construye personajes y situaciones de acuerdo con ellas.

c) *Espíritu feminista frente a machismo ibérico.*

Seguramente es en este punto donde Trigo se muestra más renovador. Por una parte, exige una transformación radical de la clásica mujer española. Para ello, no duda en proponer medidas como el «asalto a la Universidad» (24) por parte del elemento femenino; la liberación de los roles que secularmente le viene imponiendo el macho y la participación en pie de igualdad con éste, a todos niveles. Trigo se manifestó con absoluta claridad sobre este punto:

«Yo veo en el porvenir de la mujer —escribe— una vida de trabajo completamente igual que la del hombre; una vida de dignidad y de deberes y derechos absolutamente iguales que los hombres».

Amantes del deporte, de la higiene (¡se duchan!), de los viajes, de la dirección empresarial..., las mujeres que Trigo suele presentarnos adoptan muchas veces un papel no sólo activo, sino, incluso predominante en todos los terrenos: *Evelina*, en «*El médico rural*», dirige sin complejos el círculo progresista de la población, mantiene relaciones con el joven galeno y cuida exquisitamente del marido tuberculoso. *Dulce*, en «*Sor Demonio*», aprende a vivir de forma intensa su amistad íntima con un tercero, burlando hábilmente a un marido «hipócrita y fanático, católico y metafísico», según las poco piadosas calificaciones del autor. *Casilda*, en «*Así paga el Diablo*», defiende la relatividad y el convencionalismo ético, sosteniendo que el pudor y la honestidad no se fundamentan en criterio racional alguno, sino en prejuicios sociales incapaces de resistir un mínimo análisis lógico; destruye así los pilares en que se viene fundamentando la conducta sexual de la mujer española. Consecuente con sus teorías «disolventes», no duda en proponer relaciones amorosas a los jóvenes secretarios de su viejo marido.

Efectivamente, las protagonistas de Trigo se adelantan muchas veces a declararle al hombre su pasión; no dudan en mantener un idilio amoroso con partenaires mucho más jóvenes que ellas (por ejemplo, en «*La clave*») y se enfrentan abiertamente al qué dirán de todo un pueblo (como en «*El médico rural*»).

Bien sabe Trigo que no es esta la tónica general:

«Si hoy nuestras señoritas (¡con qué pena escribo siempre este nombre!) son gatas de salón, princesas tristes y cloróticas, muchachas histéricas y modernistas de *interesante belleza enferma*, mañana serán guerreras, walkyrias... tipos de belleza sana y fuerte creados por la actividad» (26).

#### d) *Amor integral versus restricciones frustrantes.*

En «*Mi media naranja*», obra de poca extensión pero de gran fuerza, Trigo nos presenta la figura de *Inés*, a quien el esposo trata de convertir (inútilmente, por culpa de los prejuicios religiosos) en

el supremo ideal: la mujer perfecta es la esposa amante, liberada de todas las inhibiciones, capaz de competir con las cocottes más atrevidas en el juego amoroso, sencillamente porque sabe hacer intervenir a la vez el cuerpo y el espíritu, lo material y lo espiritual.

Con una frase de la que el autor debía sentirse muy orgulloso, pues la repite en varias obras, aunque su gusto es más que criticable, Trigo manifestaba así su ideal amoroso:

«El cielo bajando a la tierra con su azul. Venus ennoblecida por el místico resplandor de la Concepción Inmaculada» (27).

Poco antes lo había dicho, aunque de forma indirecta:

«El amor humano — escribe — es el beso de la vida entera, es la voluptuosidad esparcida por todo el complejo de la vida vegetativa, moral e inteligente» (28).

De ahí que el novelista presente dos personajes muy negativamente connotados: el que sólo cultiva sus facultades espirituales, desdeñando el cuerpo, y el que vive una sexualidad ramplona, chata, más parecida al contacto de los animales que a otra cosa. Un conjunto bien nutrido de protagonistas retratados por Trigo, de uno y otro género, podrían ser seleccionados aquí fácilmente. Al primer tipo de personas pertenecen los religiosos (monjas y sacerdotes), las mujeres que se asustan ante el placer carnal, el sabio recluso en sus discursos teóricos... Al segundo corresponden las rudas campesinas que venden sus gracias al señorito cicatero, el rufián que explota las necesidades de una mujer (el protagonista de «*El Papa de las Bellezas*» resulta antológico) la prostituta que únicamente da y recibe carne, etc.

«Lloro — dice Trigo — por todas las desgraciadas prostitutas y monjas de la tierra... ¡Horrible! Apartados en polización inconciliable el beso del espíritu y el beso de los labios; rotos el amor del cielo y de la tierra para el amor del hombre y la mujer...» (29).

Separar ambas facetas, en dicotomía castradora, es para Trigo un atentado contra la Vida. Por desgracia, es lo que viene ocurriendo con el amor desde tiempo inmemorial, dice el novelista. Tradicionalmente, se nos ha presentado o «un amor degenerado en lujuria» o «un amor convertido en simple materia de arte o de reflexión» (30).

Según Trigo, ni siquiera los grandes teóricos del Amor, los que

han llegado a constituirlo como el valor máximo de sus doctrinas, han logrado rehuir ese dualismo nefasto. Tal ocurre, en opinión del villanovense, con Cristo y con Tolstoi.

Tampoco los «socialistas económicos» (así llamaba él a los marxistas) han sido más afortunados. Es más, Trigo los acusa (y no hace falta recurrir a W. Reich para demostrar lo bien fundado de su crítica) de que no conceden la importancia debida a las cuestiones sexuales.

El novelista no puede aceptar esos planteamientos dicotómicos y sus personajes favoritos actúan en consecuencia.

e) *Imaginación renovadora versus aburrimiento establecido.*

Trigo, cuyas dotes de observación resultan innegables, está convencido del fracaso que experimenta la mayoría de las parejas tradicionales:

«El matrimonio contemporáneo —escribe—, perdido su antiguo y sólido equilibrio religioso, se ha reducido a un contrato, entre cuyos legajos queda como una flor seca aplastado el amor» (31).

El amor, «la mayor potencia civilizadora», según la había denominado pocas líneas antes, no puede quedar encerrado con exclusividad dentro del matrimonio monogámico e insoluble, defenderá Trigo. De ahí que, abiertamente enfrentado con las normas éticas y legales vigentes, las relaciones amorosas discurran en todas sus composiciones al margen de la institución matrimonial, aunque no necesariamente enfrentadas a ésta.

En el futuro socialista que Trigo propugna, debe darse una libertad sexual. Las parejas se unirán (luego de haberse conocido y apreciado en los talleres y colegios donde se coeducan), «sin compromisos religiosos, ni administrativos legales». Establecerán su hogar, en tanto dure la atracción amorosa, a tenor de sus tendencias emotivas y de su cultura artística. Cuando lo estimen conveniente, si llega el caso, la separación de los antiguos amantes se hará de tal modo que

«conservarían en un nuevo amor el grato recuerdo de la felicidad pasada y la mutua gratitud de haber engendrado con sus vidas la de un hijo dichoso» (32).

Un hijo, digámoslo de paso, que estará recogido en la guardería-comunidad, donde recibe esmerada educación y es atendido en todas sus necesidades por el grupo humano donde nació.

Los maridos celosos y absorbentes (véase cómo se ríe de ellos Trigo en «*Sor Demonio*») o las esposas mártires, más o menos voluntarias, de hipotéticos deberes conyugales (véase, por ejemplo, «*La de los ojos color de uva*») no obtienen sino diatribas de la pluma de Trigo.

#### A MODO DE CONCLUSION

Nos parece suficientemente demostrado que Felipe Trigo no es un frívolo decadentista ni un vulgar escritor pornográfico. Resulta claro que muchas de sus ideas son más que discutibles. También admitimos que, sobre todo para la época en que se publicaron, muchas de sus páginas poseen un marcado carácter erótico. Ahora bien, al menos en líneas generales, es seguro que en sus obras prevalece el mensaje (todo lo cuestionable que se quiera) sobre la frivolidad; la intención moralizante (por discutible sea su ética) sobre el tono lúdico; la función catártica (aunque uno rechace semejantes «purificaciones») sobre la puramente estetizante.

Pese a todo, es muy posible que otros lectores de Trigo coincidan más con el Unamuno que se dirigía a nuestro paisano en estos términos:

«En el fondo, usted es extremeño y yo vasco, y cada día me convenzo más de que el problema de España es ético. Si triunfara esa ética y esa vida, pronto nos veríamos al nivel de Marruecos, sin que por ahora me atreva yo a decir si eso es mejor o peor» (33).

MANUEL PECELLIN LANCHARRO

## NOTAS

- (1) «*Historia de la Literatura española*», t. VI: «*El siglo veinte*». Edición inglesa en 1971. Versión española, en la Editorial Ariel, Barcelona, 1974.
- (2) «*Raros y olvidados*», Prensa Española, 1971.
- (3) «*Literatura de España día a día 1970-71*», Editora Nacional, 1972.
- (4) Artículos recogidos en «*Cien artículos de Medardo Muñiz*, I. C. «*Pedro de Valencia*», Badajoz, 1979.
- (5) Véanse, v. c., los libros de Literatura publicados por la Editorial Vicens Vives para 2.º de BUP y COU.
- (6) «*El sentido de una recuperación: Felipe Trigo*», en «*Cuadernos Hispanoamericanos*», núm. 332, y «*El lugar de la novela erótica: Felipe Trigo*», en «*Historia y crítica de la literatura española*», Editorial Crítica, págs. 212-19.
- (7) Ambas reeditadas por Ediciones Turner.
- (8) «*Anatomía del caciquismo extremeño: «Jarrapellejo», de Felipe Trigo*», en la REVISTA DE ESTUDIOS EXTREMEÑOS, 1980, pág. 45-64.
- (9) «*Historia de Villanueva de la Serena*», Villanueva de la Serena, 1936 (reeditada más tarde).
- (10) «*Felipe Trigo*», Ed. Renacimiento, Madrid, 1917, pág. 277.
- (11) *Felipe Trigo. Antología crítica de sus obras*, en Prensa Popular, Madrid.
- (12)
- (13) «*Pedro Garfias, vida y obras*», Ed. Ambito Literario, Barcelona, 1980.
- (14) Gerald B. Brown., o, c., pág.
- (15) «*El amor en la vida y en los libros*», Ed. Renacimiento, 3.ª edición, Madrid, 1911, pág. 8.
- (16) Ibidem, pág. 10-11.
- (17) Ediciones Turner, Madrid, 1975, pág. 2.
- (18) Revista «*Archivo Extremeño*», año 1910, pág. 117-18.
- (19) «*Revista de Extremadura*», año 1906, pág. 46-47.
- (20) «*Para nacer he nacido*», Club Bruguera, 1980, pág. 426.
- (21) «*Medallones extremeños*», Ed. Viuda de Arqueros Badajoz, 1945, página 165.
- (22) Colección «*La Novela Teatral*», Madrid, 1916, Acto I, Esc. VI.
- (23) «*La sed de amar*», Ed. Renacimiento, 9.ª ed., pág. 14.
- (24) Ibidem, pág. 16.
- (25) «*Socialismo individualista*», Ed. Renacimiento, 1920, pág. 188.



- (26) «*El amor en la vida y los libros*», o. c., pág. 168.
- (27) «*Las ingenuas*», Ed. Renacimiento, en el prólogo.
- (28) *Ibidem*.
- (29) «*Si sé por qué*», Ed. Renacimiento, 1916, pág. 23.
- (30) «*El amor en la vida y en los libros*», o. c., pág. 143.
- (31) «*Socialismo individualista*», o. c., pág. 105.
- (32) *Ibidem*, pág. 214.
- (33) *Ibidem* «*El amor en la vida y en los libros*», o. c., pág. 219.